

El eterno misterio?...

En el piano, Susa ejecutaba la marcha fúnebre de "El crepúsculo de los dioses"; el genio de Wagner flotaba en el ambiente.

Nelly y Manuel discentían calladamente; de pronto la voz de Nelly se alzó y exclamó:

—¡ Oh... pero sería horrible!...

Pedrito y Carlos la miraron extrañados. La señora la reprendió.

Los causantes de la *interrupción musical* se callaron, pero la voz con que Nelly pronunciara aquel "horrible", vibraba aún en el aire, como acompañando los fúnebres acordes de Wagner y agrandando la expresión de grandiosidad dolorosa que encierra aquella música.

Murieron las últimas notas, y el doctor preguntó:

—¿ Qué era lo horrible, Nelly?...

—Figúrese, doctor; dice Manuel que el otro día, trabajando sobre un cadáver, se le ocurrió que ese muerto sentía.

El doctor, impulsado tal vez por una curiosidad enfermiza, dijo:

—¿ Y qué hay con eso?

Por los ojos de la chica pasó un reflejo de luz.

—¿ Qué hay con eso?... Hay que sería horrible, atroz; hay que eso puede ser cierto; hay que nunca nadie ha penetrado el misterio de la muerte, el abismo insondable, el fenómeno singular por el que, en un soplo, la vida huye. ¿ Huye?... ¿ lo sabemos?... ¿ Quién nos dice que no se petrifica, se condensa; quién nos dice que no se cumple la gran ley de Spencer?... ¿ No es posible que se establezca, al fin, ese equilibrio, por el cual pugna toda materia orgánica y que es signo de perfecta adaptación al medio?

—Sí—dijo Carlos,—pero sería un equilibrio estático, eterno, inamovible.

—Es cierto—replicó Manuel,—y eso apoya nuestra idea.

¿Acaso la inhibición de nuestros sentimientos no proviene de un grado de cultura superior? ¿El dominio de nuestros músculos, no es el resultado de un largo ejercicio? ¿Quién nos dice que en la muerte no alcanzamos ese grado total de inhibición? ¿Quién nos dice que los muertos no exteriorizan, por un flúido, por nosotros ignorado, sus dolores? ¿Hay tantas cosas que no conocemos!...

—Tiene razón Manuel—contestó Nelly;—todo lo que se siente, no se exterioriza...

—; Oh!, eso no lo dudamos.

La joven se ruborizó.

—No, no digamos tonteras; yo quiero decir que, por ejemplo, un paralítico no deja de sentir, de sufrir, y, sin embargo, ante cualquier sufrimiento queda mudo.

—Sí, pero los paralíticos lloran—dijo Susa.

—Y, hermanita, ¿sabe usted si los muertos no lloran?...

—; Si lloran?... Yo nunca he visto muertos.

El doctor, de pie, había escuchado callado la discusión de los muchachos. Cuando Susa dejó de hablar, dijo con aire satisfecho:

—Está bien, Nelly; muy bien... Yo creo como ustedes...

Hizo una pausa; su rostro adquirió aquella expresión lejana que se imprime sobre las facciones cuando se busca entre los recuerdos y surge uno, trágico, cruel, angustioso; recuerdos de juventud, que aún al través del tiempo oprimen. Y dijo:

—Hace mucho tiempo, yo era todavía un muchacho; me preparaba para rendir Operatoria. Finalizaba junio y nos atareábamos con los últimos repasos. Trabajábamos en el Anfiteatro, tres compañeros y yo.

Acabábamos de cenar. Era un día frío, ventoso, uno de esos días en que la Tristeza se sienta a la puerta del Hogar. En los árboles del jardín, el viento gemía, ululando en las rendijas de las ventanas, y su voz apenada, se acrecentaba en el silencio de la noche.

La muerte era una mujer joven, de unos 28 años, blanca, muy blanca. La veo aún: el pelo ondulado y negro; (una enfermera piadosa se lo había peinado en trenza y una onda caía sobre su frente); los ojos grandes, abiertos, como mirando una inmensidad; unos ojos de cielo. La luz que venía del techo, la iluminaba toda, marmoreándola sobre su carne mórbida, uno de mis compañeros apoyaba su bisturí; marcaba, con la

punta, el sitio por el cual había de abrirse la herida, para practicar la operación.

Aquella mujer muerta, me atraía como un misterio e, inconscientemente, apoyé la mano sobre su brazo. ¿Fué ilusión de mi nerviosidad excitada? ¿Fué la lobreguez del ambiente?... No sé; pero me pareció que en el momento en que mi compañero había apoyado más fuerte el bisturí, la mujer se había estremecido y... como Mannel, dije entonces: ¿Y si los muertos sintieran?...

El silencio era sepulcral y el viento seguía violento y quejumbroso. Los semblantes de mis compañeros palidecieron: los cuatro nos miramos, con esa mirada torva y extraña con que deben mirarse los criminales después de cometido un crimen; una hoja con un ruido seco golpeó un cristal. Luego, el que había empezado la operación, reaccionando, dijo: ¡No seas tonto!... los muertos, muertos están. Y continuó.

Nadie se atrevió a interrumpirlo en su lúgubre tarea, y, así, abrió la blanca carne y tajó el cuerpo estatuario, sin que ninguno pronunciara una palabra. Ibamos y veníamos silenciosos. Mi pregunta inquietante resonaba todavía en los oídos. Yo, por mi parte, sentía crecer la angustia que me oprimía; aquellos ojos abiertos, fijos, color de cielo, me fascinaban; tomé una toalla para cubrir el rostro; pero, no sé... fué más fuerte que yo y mis ojos se clavaron en los de ella y ví... Conservaré siempre el terror de lo que ví: aquellos ojos azules como el cielo, serenos en su superficie, aterrorizados en el fondo, con una expresión indescriptible de dolor y una súplica muda de piedad. ¡Oh, los ojos azules de aquella mujer muerta!... Me persiguieron mucho tiempo: en la noche, se abrían grandes, luminosos, suplicantes, y de las pestañas negras y sedosas, se desprendía siempre una lágrima límpida, pura como el cristal, en la que la luz, irrisaba sus colores...

No pude presentarme ese año a Operatoria y, desde entonces, cada vez que debo practicar la autopsia de un cadáver, veo ante mí los ojos de aquella mujer muerta.

El doctor calló; en la sala reinó, como otrora en el Anfiteatro, un profundo silencio, lleno del misterio de la muerte; y Nelly vió dibujarse en la penumbra los ojos azules como el cielo, e impresa en el fondo de la pupila, la terrorífica expresión.